

## “Cuchara”: tres momentos de Octavio Paz<sup>1</sup>

### Resumo

*O artigo recompõe, a partir de depoimentos de Octavio Paz, os principais aspectos da sua biografia. Os elementos biográficos, por sua vez, são esclarecedores da sua trajetória intelectual. Os temas da alienação do mundo, do recurso da poesia e do amor são sublinhados.*

**Palavras-chave:** Octavio Paz; biografia; infância; poesia; experiência amorosa.

### Abstract

*Using testimonials from Octavio Paz, the article reconstructs the main aspects of his biography. The biographical elements provide clarification of his intellectual trajectory. The themes of alienation of the world; poetry; and love are underlined.*

**Keywords:** Octavio Paz; biography; childhood; poetry; love experience.

Me limito en este trabajo a narrar algunos datos – tal vez solo recordar: algunos son conocidos – de la niñez y vida familiar de Octavio Paz. La descripción, como se verá, está sostenida sobre tres de las muchas anécdotas sobre su infancia que el mismo poeta llegó a compartir en vida. Mi aportación, por tanto, se limita a invocarlas juntas e intentar un puñado de interpretaciones.

---

1 Fragmentos de un libro en preparación.

\* Professor do Departamento de Estudos Hispânicos da Universidade de Kentucky.

## I.

La primera anécdota, primer recuerdo en el tiempo que Octavio Paz llegó a consignar por escrito, es la siguiente:

*Me veo, mejor dicho: veo una figura borrosa, un bulto infantil perdido en un inmenso sofá circular de gastadas sedas, situado justo en el centro de la pieza... El bulto llora. Desde hace siglos llora y nadie lo oye. Él es el único que oye su llanto. Se ha extraviado en un mundo que es, a un tiempo, familiar y remoto, íntimo e indiferente. No es un mundo hostil: es un mundo extraño, aunque familiar y cotidiano, como las guirnaldas de la pared impenetrable, como las risas del comedor. Instante interminable: oírse llorar en medio de la sordera universal... No recuerdo más. Sin duda mi madre me calmó: la mujer es la puerta de reconciliación con el mundo... Esa tarde comenzaste a ser tú mismo; al descubrirme, descubriste tu ausencia, tu hueco: te descubriste. Ya lo sabes: eres carencia y búsqueda.<sup>2</sup>*

La escena no tiene fecha, aunque narra un episodio de la infancia, tal vez a la edad de no más de tres o cuatro años. ¿Se trata de un recuerdo o de una fantasía? Tal vez ambas cosas. Y sin embargo, los temas más importantes del escritor mayor ya están ahí: separación y soledad, la mujer como mediadora, el misterio de la identidad. La anécdota aparece contada en medio del prólogo al tomo 8 de las *Obras completas*, que recoge sus escritos sobre México y su historia, lo cual sugiere que se trata de una alegoría de identidad, o al menos de la suya propia.

Lo que al final de la anécdota Paz llama “la búsqueda” en realidad había empezado mucho antes; al menos antes de que el niño adquiriese conciencia de ello. A unos meses de nacido, entre abril y agosto de 1914, su familia se desplazó, en medio de lo que no puede menos que llamarse una guerra civil (aunque después se conociese como la Revolución Mexicana) de la capital a la casa de veraniego de la familia Paz en Mixcoac, entonces en las afueras de la capital. La casa era “grande, con un jardín,” pero en realidad era una hacienda con varios edificios en sus predios. El desplazamiento ocurre en medio de las dudas que abrigaba el clan Paz – sobre todo Ireneo Paz, el abuelo, dueño del periódico e imprenta *La Patria*, y sus tres hijos varones: Octavio, Arturo

---

2 Las citas de la obra de Paz se basan en *Obras completas. Edición del autor*. (Barcelona: Circulo de Lectores, 1995-2010), 15 tomos; para esta, 8:17.

y Carlos – sobre Emiliano Zapata, quien ya gozaba de la fama de "Atila del Sur". Al principio lo habían rechazado a favor del temible "usurpador" Victoriano de la Huerta (a partir de marzo de 1914; el poeta nace, precisamente, el 31 de ese mismo mes), y luego lo apoyaron (en agosto del mismo año) publicando el manifiesto del Plan de Ayala en uno de los últimos números de su diario. A medio camino, al mes siguiente en septiembre, Octavio Paz Solórzano se compromete: recorre a pie todo el trecho de Mixcoac hasta el estado de Morelos para alzarse con los zapatistas. Meses después, en noviembre, regresará con ese mismo ejército invasor. Un año después, como se sabe, el propio Zapata lo nombrará su "agente confidencial" (precioso decir) en Estados Unidos.<sup>3</sup>

Josefina Lozano Delgado (*Pepa* era su apodo; Tavo, o Tavito, el del niño) tenía su familia en Mixcoac, pues también era de allí, y por tanto podía contar con ayuda mientras Octavio estaba ausente, con demasiada frecuencia. De hecho, con la excepción de la breve invasión zapatista, en noviembre de 1916, no será hasta tres años después, agosto de 1919, que ella y Tavo se reunirán con Octavio en Estados Unidos. El poeta mayor recordará que a la edad de cinco años, en el tren que los llevaría hacia el norte, su madre le tapaba los ojos para que no viese los cuerpos colgados, víctimas de la guerra, que se veían a lo largo de la vía del ferrocarril. Aun antes del viaje, para mayo de 1918, ya se sabía del fracaso de Octavio, debido a su alcoholismo, en la delicada misión que se le había asignado.<sup>4</sup> Por eso pronto Octavio se desplaza a California, donde, como Quijote revolucionario – y, de paso, dipósmano--seguía defendiendo la causa que pronto se iba a extinguir. Zapata será asesinado el 10 de abril de 1919.

En Los Angeles, donde ya vivía Octavio, y adonde pronto llegarían Pepa y Tavo, ya existía un importante enclave mexicano. La entonces pequeña ciudad también abrigaba un semillero de revolucionarios – por ejemplo, los hermanos Flores Magón, conocidos anarquistas, durante años habían vivido y laborado allí. A su llegada en agosto de 1919, la familia se muda para el centro de la ciudad, donde vivían muchos mexicanos y donde Octavio ya había montado una frágil empresa editorial y una revista semanal (se llamaba de hecho *La Semana*) localizada en el mismo edificio donde se publicaba otra

3 Estos y muchos otros datos sobre se estudian en Octavio Paz Solórzano, *Hoguera que fue*, ed. Felipe Gálvez, México, DF, Universidad Autónoma Metropolitana, 1986.

4 Según documenta John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, New York, Random House, 1968, 291, 307.

revista y, muy cerca, dos periódicos hispanos: *La Prensa* y, de mayor circulación, *El Heraldo de México*. Establecerse en Los Angeles no fue enteramente obra del azar. Se trataba del corazón de lo que entonces se llamaba “el México de afuera,” la comunidad emigrante en California que o bien resistía asimilación a la sociedad americana o bien buscaba regresar al terruño, y que de por sí había llegado a estructurar, en medio de la ciudad, “un pueblo urbano”, equipado con todo y sus periódicos, mercados, clubs sociales, cantinas, teatros y hasta su propia Zona Rosa... La familia Paz-Lozano vivía entre agitadores. Pero era todo menos un exilio dorado. Eran los años de la primera guerra mundial y se temía que México durante su Revolución, especialmente tan cerca de la frontera con Estados Unidos, podía convertirse en un aliado del enemigo. Los “revoltosos,” que era como entonces llamaban a agitadores como Octavio, eran naturalmente sospechosos. Y de hecho, por un tiempo, y como se ha documentado (ver Gálvez, n. 2), un agente el FBI asignó un vigilante al joven abogado y su grupo. En medio de ese ambiente, que llegó a conocerse como *the Brown scare*, (pánico color marrón), y que un historiador ha descrito como mezcla de “conflicto de frontera, pleito laboral e histeria en tiempo de guerra”, la familia entera tiene que haberse sentido presionada con asimilarse a la sociedad estadounidense.<sup>5</sup> Para 1919, las campañas de americanización en Los Angeles ya habían dictado, a través de su Junta de Educación, que todos los inmigrantes entre los 18 y 21 años tenían que tomar clases de Inglés y ciudadanía. ¡No en balde en documentos de la época Pepa Lozano aparece con una rimbombante profesión: “*student of English*”!

Cuento todo esto como preámbulo a la segunda anécdota. Porque es precisamente en esas circunstancias de “urgencia lingüística”, llamémoslo así, que a Tavo lo matriculan en un kindergarten en un barrio de Los Angeles, cerca de la casa donde vivían, que solo a partir de 1939 empezó a llamarse *Chinatown*. El primer día de clase, que según él ocurrió a los seis años (pero en realidad ocurren cuando tiene cinco) lo recordó de esta manera:

*Los azares de la guerra civil llevaron a mi padre a los Estados Unidos. Se instaló en Los Angeles, en donde vivía una numerosa colonia de desterrados políticos. Un tiempo después lo seguimos mi madre y yo. Apenas llegamos, mis padres decidieron que fuse al kindergarten del barrio. Tenía seis años*

---

5 Para el contexto al que aludo, ver Stephanie Lewthwaite, *Race, Place and reform in Mexican Los Angeles. A Transnational Perspective, 1890-1940* (Tucson: University of Arizona Press, 2009) y W. Dirk Raat, *Revolutos: Mexico's Rebels in the United States, 1903-1923* (College Station, Texas: Texas A & M Press, 2000).

y no hablaba una sola palabra de inglés. Recuerdo vagamente el primer día de clases: la escuela con la bandera de los Estados Unidos, el salón desnudo, los pupitres, las bancas duras y mi azoro entre la ruidosa curiosidad de mis compañeros y la sonrisa afable de la joven profesora, que procuraba aplacarlos... Al cabo de una eternidad llegó la hora de recreo y del lunch. Al sentarme a la mesa descubrí con pánico que me faltaba una cuchara; preferí no decir nada y quedarme sin comer. Una de las profesoras, al ver intacto mi plato, me preguntó con señas la razón. Musité: “cuchara”, señalando la de mi compañero más cercano. Alguien repitió en voz alta: “¡cuchara!”. Carcajadas y algarabía: “¡cuchara, cuchara!”. Comenzaron las deformaciones verbales y el coro de las risotadas. El bedel impuso silencio pero a la salida, en el arenoso patio deportivo, me rodeó el griterío. Algunos se me acercaban y me echaban a la cara, como un escupitajo, la palabra infame: ¡cuchara! Uno me dijo un empujón, yo intenté responderle y, de pronto, me vi en el centro de un círculo: frente a mí, con los puños cerrados y en actitud de boxeo, mi agresor me retaba gritándome: “¡cuchara!”. Nos liamos a golpes hasta que nos separó un bedel. Al salir nos reprendieron. No entendí ni jota del regaño y regresé a mi casa con la camisa desgarrada, tres rasguños y un ojo entrecerrado. No volví a la escuela durante quince días, después, poco a poco, todo se normalizó: ellos olvidaron la palabra cuchara t yo aprendí a decir spoon. (8: 17-18).

La escena, que nos recuerda al mejor Jean-Jacques Rousseau – todo lenguaje es deseo – el niño reclama no el alimento sino el instrumento que hace posible alimentarse. Sólo que en el trasiego de la diferencia cultural la respuesta que obtiene no es el instrumento deseado sino el escarnio que termina magnificando su conciencia del lenguaje: las palabras que nombran ese deseo. Así, al conocimiento de que un abismo semántico – la palabra ya no es la palabra – lo separa de sus semejantes, le sigue la violencia de un significante que termina exacerbando ese mismo conocimiento – una conciencia hecha físicamente palpable en el puñetazo que asesta el significante equivocado. Acertar en las palabras se vuelve, por tanto, crucial: “ellos olvidaron cuchara y yo aprendí a decir spoon”.

La simpática anécdota fue lo suficientemente importante para que el poeta la contara en más de una entrevista, aunque en realidad no fue hasta 1990, en el prólogo al tomo 8 de las *Obras completas*, que la usó para ilustrar la relación polémica, adversaria, con México, y que, compartida con sus inmediatos

antepasados, el poeta experimentaba. Sigue en el mismo texto, por tanto, la segunda parte de la misma anécdota: la iniciación en Los Angeles que vuelve a reproducirse en Mixcoac, una vez que la familia regresa en 1920 y Tavo empieza otra escuela El Zacatito:

*Aunque yo hablaba el inglés, no había olvidado el español. Sin embargo, mis compañeros no tardaron en decidir que era un extranjero: un gringo, un franchute o un gachupín, les daba lo mismo. El saberme recién llegado de los Estados Unidos y mi facha- pelo castaño, tez y ojos claros – podrían tal vez explicar su actitud; no enteramente: mi familia era conocida en Mixcoac desde principios del siglo y mi padre había sido diputado por esa municipalidad. Volvieron a las risitas y las risotadas, los apodosos y las peleas, a veces en el campo de fútbol del colegio y otras en una callejuela cercana a la parroquia. Con frecuencia regresaba a mi casa con un ojo amoratado, la boca rota o la cara rasguñada... La experiencia de Los Ángeles y la de México me apesadumbraron durante muchos años. A veces pensaba que era culpable- con frecuencia somos cómplices de nuestros persecutores- y me decía: sí, yo no soy de aquí ni de allá. Entonces, ¿de dónde soy? Yo me sentía mexicano- el apellido Paz aparece en el país desde el siglo XVI, al otro día de la Conquista- pero ellos no me dejaban serlo. En una ocasión acompañé a mi padre en una visita a un amigo al que, con razón, admiraba: Antonio Díaz Soto y Gama, el Viejo y quijotesco revolucionario Zapatista. Estaba en su despacho con varios amigos y, al verme, exclamó dirigiéndose a mi padre: ¡Caramba, no me habías dicho que tenías un hijo visigodo!?. Todos se rieron de la ocurrencia pero yo la oí como una condena. (8:17-19).*

Lo que antes había dramatizado un choque entre conciencia verbal y diferencia cultural ahora aparece como alegoría de enajenación psicológica y moral. El significante equívoco se internaliza – todo lenguaje es equívoco – y la diferencia no es únicamente verbal y cultural, sino física, corporal, psicológica. La extrañeza, o más bien la extranjería, de Tavo no podrá ser borrada a base de limpiezas verbales o de un entrenamiento especial, como por ejemplo aprendiendo un nuevo idioma; la extranjería se ha vuelto un atributo de su ser físico – tan físico como los anteriores rasguños y el ojo entrecerrado – como resultado, suponemos, de ser (según el mexicanismo) *guero*: rubio, tez clara, ojos azules. Y sin embargo, cabe preguntar: ¿realmente se trata, como aseguró el poeta, de una decisión por parte de los otros niños, o que él se lo imaginaba?

Todos sabemos lo que significa ser el chico nuevo en el barrio, cosa que el poeta en su narración es el primero en reconocer. Pero las razones que ofrece no pasan de ser ambivalentes. ¿Fue abusado Tavo por lucir extranjero, por ser güero, o recién llegado? ¿O tal vez fue debido a otra razón inconsciente, o por lo menos no dicha? Lo que en México se llama "la grilla" – el cotilleo español, la intriga chizmosa. ¿O tal vez debido a la para entonces nefasta reputación de los Paz en Mixcoac? Con esto me refiero a los posibles lejanos ecos de la antigua fama del abuelo Ireneo Paz, quien cuarenta años antes había matado a un colega periodista, nada menos que el hermano de Justo Sierra, uno de los más importantes intelectuales de la época, en un escandaloso duelo que tuvo repercusiones nacionales y duraderas. Encima de todo, Ireneo había sido partidario, y *cuate*, del dictador Porfirio Díaz, cuyo retrato a caballo Ireneo siempre se negó a bajar de las paredes de su biblioteca? ¿O tal vez el llamado abuso del niño fue producto de una reacción a la no menos sonada reputación de Octavio como faccioso zapatista, para no hablar de dipsómano consuetudinario? Los chicos, como sabemos, se especializan en leer entre líneas, y desde luego a repetir la murmuración de sus mayores. Quiero decir que la violencia de esta anécdota, que es un ritual de iniciación, tal vez sugiere la insólita herencia de los anteriores retos a los que ya se habían enfrentado padre y abuelo. Sólo que en el caso de Tavo lleva otras dos marcas. Primero, su posesión simbólica del lenguaje – una palabra, *cuchara* – como germen de la diferencia, diferencia que a su vez nutre la separación del niño en términos no sólo lingüísticos sino corporales – la palabra hecha carne. Muchos años después, en su "Introducción a la historia de la poesía mexicana," el propio poeta señalará: "Si el poeta es el hombre de las palabras, poeta es aquel para quien su ser mismo se funde con la palabra". (4:125).

Segundo, pero no menos importante: la iniciación ocurre *fuera* de México, entre extraños, pero luego se transfiere a México *adentro*, entre los suyos, y transformada en un signo de extrañeza dentro de su misma cultura. Si la violenta entrada en el lenguaje ocurre fuera de México, la más actual e igualmente violenta entrada en el mundo social ocurre dentro, en casa, convirtiéndolo así, y literalmente, como insiste el título del tomo donde aparece esta anécdota, "el peregrino en su patria". Tanto en una como en otra ocasión, fuera y dentro, la separación, la soledad, surge de la diferencia que marca no sólo el lenguaje sino la apariencia física; al menos, una diferencia que el propio Tavo proyecta, que él mismo considera y teme que los otros ven en él. "Sentirse solo", dirá años después en su famoso *El laberinto de la soledad* (1950) "no es sentirse inferior, sino distinto".

## II.

Damos un salto hasta 1922, cuando Tavo ya cuenta con ocho años. Fue el año en que Pablo González, uno de los matones que Venustiano Carranza, caudillo de turno, mantenía a sueldo, decide confiscar y luego incendiar los restos de la imprenta de Ireneo Paz. El siniestro puede haber sido dirigido no tanto a Ireneo, que para entonces había cumplido la proveyecta edad de 86 años y retirado de la política, como contra Octavio, diputado por el Partido Nacional Agrarista y flamante defensor público del legado zapatista. Al perder su única fuente de ingresos – sus jubilaciones, como militar y periodista, eran escasas y lentas – Ireneo sufrió una primera embolia, perdió las propiedades que le quedaban, incluso la pequeña casa que compartía con Octavio y su familia, remató buena parte de su inmensa biblioteca, y él y Amalia, su hija solterona tuvieron que refugiarse con su hija Rosa y su familia, que vivían cerca. Venían otros tiempos.<sup>6</sup>

A Tavo, entre tanto, lo cambian de escuela – de El Zacatito a un colegio inglés, el Williams, que estaba también en Mixcoac, mientras que, como el poeta mayor recordara una vez, “nuestra casa, llena de muebles antiguos, libros y otros objetos, se iba derrumbando. A medida que los cuartos se derrumban, íbamos moviendo los muebles a otro”.<sup>7</sup> Entre esas ruinas Tavo daba señales de ser un chico dulce pero solitario. Tiene que haberse dado cuenta que en buena medida era hijo del infortunio; su familia venida a menos. Dos años después, ante sus ojos, el 4 de noviembre de 1924 y exactamente a las 8 y cuarto de la noche, según recordó (13:141-146), Ireneo Paz fallecería de una última embolia, dejando solo al niño para quien él, mucho más que su padre Octavio, había sido un modelo. Tres días después, el 7 de noviembre, en sus funerales, el propio Tavo con diez años había tenido que representar a su familia en ausencia del padre, dato que los periódicos de la época no dejaron de notar con cierto asombro. Octavio, quien para entonces trabajaba en Morelos, estaba, como solía ocurrir, *missing in action*.

Para entonces, antes de los diez, o de que escribiese un solo poema, Tavo ya había descubierto la poesía en casa. La descubrió en tres fuentes. Primero, debido a la fama de Ireneo Paz como poeta de epigramático y de tema político. Su obra, recogida en varias ediciones de su libro *Cardos y violetas*, fue

---

6 Estas y otras referencias a la vida y obra de Ireneo Paz se estudian en Napoleón Rodríguez, *Ireneo Paz. Letra y espada liberal*, 2ª. ed. (México, DF: Fontamara, 2002).

7 Entrevista con Rita Guibert, *Seven Voices*, (New York: Alfred A. Knopf, 1973).

tan abundante como polémica, y durante años la comidilla de la sociedad porfirista. Segundo, el amor por la poesía que el niño vio en la excéntrica tía Amalia – hermana de Octavio; un amor reflejado en parte en un álbum de la época repleto de textos dedicados por sus admiradores que la tía atesoraba y que Tavo y sus primos, según su propio testimonio, un día espiaron. No es inverosímil que en la excéntrica tía – que él recordará como “virgen somnílocua”--Tavo encontrara por primera vez en su vida una poeta, o al menos una “personalidad” poética. La tercera fuente fue seguramente las tonadillas que Tavo le oía cantar a su madre Pepa, de origen andaluz, y con las cuales logró entrenar sus ojos y oídos. Ireneo aún vivía, por cierto, cuando, según contó después el poeta mayor, ocurrió lo que también pasaría a llamar su primera “experiencia” poética. La anécdota aparece en el prólogo al tomo 14 de las *Obras completas*, como una suerte de preámbulo a la colección de sus primeros textos, en prosa y poesía.

Durante más de sesenta años he sido fiel a la poesía. Y quien dice poesía dice amor. Cuando era niño, un día en que mi abuelo no estaba en su estudio, me senté al frente de su escritorio, escogí una pluma bien tallada- él no usaba pluma fuente- y en el hermoso papel que empleaba para su correspondencia escribe una carta de amor. La cerré cuidadosamente y la sellé con lacre rojo y un anillo que le servía para esos menesteres. Fui al jardín, corté algunas flores, hice un pequeño ramo y salí de la casa. Anocheceía – esa hora que llama “entre azul y buenas noches”. No había un alma en las calles de Mixcoac, un pueblo en las afuera de la ciudad en donde vivíamos. La carta no tenía nombre de destinataria; estaba dirigida literal y realmente a *la desconocida*. Caminé un trecho: ¿a quién entregarla o en dónde depositarla? Al dar la vuelta en una esquina, en la semi-obscuridad, vislumbé una casa de nobles proporciones, con una fila de balones de hierro y, tras los barrotes, unas ventanas de madera con visillos blancos. La casa me pareció que guardaba un misterio; tal vez vivía en ella *la desconocida*. Movido por un impulso que no puedo explicar, después de un instante de vacilación, arrojé la carta y el ramo de flores entre los barrotes de uno de los balcones y me alejé rápidamente. (13:20).

A esa temprana edad ya Tavo trataba de asumir, es evidente, el papel y pluma de Ireneo. Aunque su tema, según confiesa, o recuerda, no era tanto la política como el amor – al relato de la anécdota la precede un aforismo: “quien dice poesía dice amor”. La “desconocida” no es solo una amante imaginaria; también es lector(a) ideal. A la carta que le escribe, y cuyo contenido no se nos revela, Tavo añade flores, con lo cual intuía seguramente que *flor* es la más antigua metáfora de *poema* – *anthos*, en griego, da *antología*; y florilegio es reunión de poemas.

Además, tal como fuera el caso de esa identidad personal hallada fuera del país, la lectora ideal tampoco se encuentra dentro: aparece “entre rejas”, objeto de búsqueda. Así, al antiguo grito, a la resolución verbal (cuchara y/o *spoon*), y a la consiguiente internalización de una diferencia corporal, ahora se añade el deseo verbal, deseo escrito, como medio de alcanzar el objeto deseado – lector y amante hecho uno solo gracias al misterio de la poesía.

Cierta vez, en una entrevista, le pregunté al poeta si su familia sabía que a él de niño le gustaba escribir. Me contestó que aunque el abuelo Ireneo nunca llegó a saberlo, en cambio sí veía al nieto leer y aprovechaba para hacerle él mismo cuentos. Igual ocurría con Amalia, cuyas pláticas incluían literatura pero casi nada de poesía; aún menos con el padre, Octavio, “porque de niño, mi relación con él fue menos íntima y había largas ausencias”; y para nada con Pepa, cuya influencia andaluza fue más bien musical pero ágrafa. Sobre la relación con su padre en otro momento le dijo el poeta a otro entrevistador: “probablemente nunca supo que yo escribía”, confesión asombrosa si calculamos que los primeros poemas de Octavio Paz datan de 1931, a los 17 años, cinco antes de que su padre tuviese el accidente que lo mató y durante los cuales convivieron, o casi. Baste, para resumir, los patéticos versos que le dedicó al padre en *Pasado en claro* (1974), su gran poema autobiográfico:

*Del vómito a la sed,  
atado al potro del alcohol,  
mi padre iba y venía entre las llamas.  
Por los durmientes y los rieles  
de una estación de moscas y de polvo  
una tarde juntamos sus pedazos.  
Yo nunca pude hablar con él.  
Lo encuentro ahora en sueños,  
esa borrosa patria de los muertos.  
Hablamos siempre de otras cosas.<sup>8</sup>*

Como se sabe, el alcohólico bebe para reducir su angustia. No es un secreto que Octavio *père* sufrió desilusiones. Su carrera política, primero en el zapatismo y luego en el *Partido Nacional Agrarista*, se vino abajo en las postrimerías de la revolución. Durante esa guerra fueron sus propios camaradas los

---

<sup>8</sup> Ver “Retrato de Octavio Paz,” en mi *Diálogos con Octavio Paz* (Salamanca: Editorial Confluencia, 2014), 66-112; la entrevista con Gálvez, 74; y OC, 11: 84.

que lo desplazaron de *El Nacional*, tal vez el periódico más importante del momento, que él aspiraba a dirigir, como sucesión mágica de lo que Ireneo había logrado hacer en *La Patria* el siglo anterior. En Morelos, con Zapata, había tenido un puesto más bien de segundo rango y luego se le despachó al extranjero como "agente confidencial", discreto sinónimo de "espía". Allá, en Estados Unidos, después de tres años y medio, fue destituido debido en gran medida a su alcoholismo. Sus cartas de la época, incluso las que escribe desde Los Angeles, donde dirigía su revista y tenía una imprenta, suelen exagerar la importancia e influencia de su trabajo, y destacan la empresa, más bien menor, de *La Semana* para demostrarle a sus camaradas lo útil que podía serles a su regreso.

Y fue en efecto el regreso a Mixcoac, cuando se unió al PNA a través de su maestro Antonio Díaz Soto y Gama, con quien lo fundó, lo que marcó los mejores años de Octavio Paz Solórzano. Eran los años de Plutarco Elías Calles, el caudillo moralista conocido además por su temperancia. Pero muy a su pesar Octavio logró ascender la jerarquía del partido y hasta llegó a ser nombrado como juez a la Corte Suprema de la Nación. Pero para 1929, cinco años después de muerto Ireneo, y casi una década después de regresar de Estados Unidos, ya con un hijo adolescente, su mismo partido, que él había ayudado a fundar, lo expulsa junto con otros partidarios.<sup>9</sup> Pero las desilusiones de Octavio Paz Solórzano eran mucho más antiguas y de seguro más profundas. Era el único varón sobreviviente (sus dos hermanos mayores habían muerto de alcoholismo) de nada menos que Ireneo Paz, patriarca del periodismo y la política porfiristas, figura de la literatura nacional, tan admirado como temido en su tiempo y cuyos prestigio y fortuna lo habían llevado hasta la misma Casa Blanca y a la Expo de París de 1900. Por tanto, el íntimo reto de Octavio *père* fue cómo rellenar los zapatos no sólo de Ireneo sino también de Arturo, el mayor de los varones, que además de haber sido un exitoso abogado y escritor, y sin duda el heredero escogido del patriarca, había muerto relativamente joven y dejado un vacío del que Ireneo se lamentaba a diario. Trazando su propio camino, escogiendo su propia revolución y su propio caudillo, Octavio, como todo hijo de padre famoso, aspiraba a superar el curriculum de ambos, para a cambio terminar regresando a un Mixcoac en ruinas y refugiarse con su joven familia en una de las propiedades del ya anciano Ireneo.

---

9 Los datos sobre este tema aparecen en Antonio Díaz Soto y Gama, *Historia del agrarismo en México*, ed. Pedro Castro (México, DF: Ediciones Era/CONACULTA/Universidad Autónoma Metropolitana, 2002), 63-64.

Sin duda tocó fondo en diciembre de 1932, a los 49 años (su hijo ya con 18) cuando el cintillo de un periódico de la Ciudad de México proclamó: “Licenciado Octavio Paz acusado por una dama”, por haberla golpeado en público.<sup>10</sup> Años después se revelaría que una niña de 15 años, tal vez violada por él, había dado a luz a otra niña, media hermana del poeta a quien él mismo llegó a conocer y a amparar. Una vez más, la violencia tocando a la puerta de una familia cuyo prestigioso apellido quería decir todo lo contrario. En 1985 el poeta le confesaba a Felipe Gálvez: “mi padre fue siempre para mí una figura amada y distante... tuvo una vida exterior agitada; amigos, mujeres, fiestas, todo eso que de algún modo me lastimaba, aunque no tanto como a mi madre; ella era quien realmente sufría”. “Luego vino”, añadía, “el tiempo de la soledad” (Gálvez, 75). Con ese precioso circunloquio aludía, así, no sólo al alcoholismo del padre, que la familia de todo alcohólico pretende ocultar; también aludía a su propia soledad, que para entonces él y su madre habían aprendido a soportar. Y sin embargo, fue precisamente en esos mismos años de decadencia y extrañamiento, según recordaba en la misma entrevista, que Octavio escribió más y mejor – para *El Universal*, o para la revista *Crisol*. Terminó, aunque no llegó a ver publicada, una prolija pero apasionante biografía de su ídolo Emiliano Zapata, y otra historia, aun hoy inédita, del periodismo en México (Gálvez, 76). Finalmente, recuerdo que cuando en una entrevista yo mismo le mencioné una vez al poeta que, como escritor y periodista, su padre seguramente había influido en él, enseguida añadió, con entusiasmo: “incluso le ayudé cuando adolescente a copiar a máquina artículos o textos suyos de memorias de la Revolución Mexicana... a veces desde el punto de vista literario”. (*Diálogos*, 69). Pero casi al mismo tiempo se ensombreció y corrigió que mucho mayor había sido la influencia en él de Ireneo, y hasta de su tía Amalia. Años después, en una lista de sus primeras influencias, el poeta elogiaría tanto al abuelo como a la tía, y en cambio no mencionaría al padre: el otro Octavio Paz.

### III.

A veces, a lo largo de años de estudio y al repasar estos y otros datos en la biografía de nuestro poeta he llegado a preguntarme: en esas condiciones ¿cómo pudo sobrevivir? Cuando lo hizo, cuando sobrevivió, ¿qué neurosis no habrá internalizado?

---

10 Para un comentario sobre este incidente, ver Guillermo Sheridan, “Octavio Paz y su padre: dramas de familia”, *Letras Libres*, 7 de mayo, 2014; el incidente salió a la luz en “El Lic. Octavio Paz, es acusado por una señora”, *El Nacional* (México, DF), 3 de diciembre, 1932.

Freud pensaba que no había solución para la neurosis. Lo máximo que puede hacer el psicoanálisis es hacernos conscientes de ella: ayudarnos a comprender que todos estamos irremediabilmente locos. Al igual que Freud, Octavio Paz pensaba que no hay cura para la locura. Todos, en alguna medida, somos neuróticos, o como dice el dicho: “De poeta, músico y loco, todos tenemos un poco.” Sin embargo, la solución de Octavio Paz era otra. Llegó a explicarla, o al menos sugerirla, en algunos de los deslumbrantes ensayos que dedicó a los *caso* de algunos poetas – el de Sor Juana tal vez el más notorio – aunque más dramático aún fue lo que llegó a observar sobre Fernando Pessoa, alcohólico como su padre pero poeta como él: “Un neurótico es un poseído. El que domina sus trastornos, ¿es un enfermo? El neurótico padece sus obsesiones; el creador es su dueño y las transforma” (2:156).

Nunca fue más cierto como en el caso de Octavio Paz el cínico dicho que todos sobrevivimos a nuestros padres. Pero si bien no tenemos que ser tan cínicos--como todos, nuestros padres hicieron lo mejor que pudieron – tampoco hay que idealizarlos, como en efecto suele ocurrir. El abuelo Ireneo, el papá Octavio, Pepa la mamá y Amalia la tía loca fueron todos seres humanos, con sus defectos y grandezas. Las grandezas tal vez no lo fueron tanto y llegaron a la altura de lo que llamamos cualidades: la bondad del abuelo, la justicia social de su hijo zapatista, el lirismo musical de Pepa, la excentricidad de Amalia. En cambio, los defectos fueron lo suficientemente graves para que el niño Tavo, y luego el poeta mayor, soliese adquirir conciencia de ellos pocas pero significativas veces a lo largo de su obra, lastres de una diferencia maldita, una maldición que cuando no llegó a confesar callaba dolorosa y discretamente. Al recordar en un poema de 1944 a los que él llama “los muertos de mi casa”, escribió:

*Su silencio es espejo de mi vida,  
En mi vida su muerte se prolonga:  
Soy el error final de sus errores. (11:82)*

Mucho me temo que sin entender esa silenciada maldición, sea esta real o imaginada, no entenderemos algo fundamental acerca de Octavio Paz y de su obra: me refiero a la relación adversa y con frecuencia defensiva, que sostuvieron él y su familia con su país y su gente. Al mismo tiempo, cualquier conciencia de esa llamada maldición debería llevarnos a apreciar otra cosa, mucho más importante: que con fina sensibilidad, privilegiada inteligencia y capacidad espiritual supo hacerse dueño de esa maldición y transformarla – en una obra ejemplar, un ser único.

